



## DE PASEO-BOWERY



**S**E nos pasaban los días mangoneando por esas calles de Dios, sin aburrirnos nunca, al menos yo; gustaba mucho de ver primero en estampas el lugar, el edificio que iba á visitar, y luego acomodar la imagen que llevaba en mi sensorio á la realidad que se me presentaba delante; resultaban las cosas tales como me las figuraba, pero diferentes, y aten ustedes esta contradiccióncilla, pero así era.

Recomiendo este paseo (que no necesita recomendación para los forasteros en la ciudad-imperio): ir por el *elevado* hasta cerca del límite septentrional de la Isla, admirar (esto es necesario y recomendado por los *guías*) admirar desde la enorme altura á que el formidable trampolín del ferrocarril se levanta sobre los pisos superiores de las casas, como una especie de gigantesco andamio de madera y fierro, en una atrevidísima curva, el pintoresco panorama del Parque Central, con sus grupos de árboles todavía vestidos en Octubre de verde gris y oro viejo, sus canales, sus lagos, sus puentecillos, sus cascadas, etc.; todo ello emparedado entre los excelsos y abigarrados muros de pie-

dra, mármol y ladrillo que empaquetan al Parque en una especie de cajón inmenso. Siguiendo hacia el Norte bajarse en una estación cercana al río Harlem, en la calle 175, descender al nivel del río (es un brazo ó canal entre el East-River y el Hudson que limita al septentrión la isla Manhattan), pararse un poco á contemplar las isletas llenas de *châlets* y casas de baños, y subir por una magnífica escalinata hasta la altura del puente y del soberbio acueducto de fierro que, sobre aquel, lleva un verdadero río de agua deliciosa al Parque Central y á la Ciudad, el Croton. Este puente alto (*Highbridge*) es viejísimo para New York, tiene 50 años y, como viejo, es clásico; todo de piedra y granito, sobre doce ó trece arcos correctísimos sostiene una ancha calzada de medio kilómetro de largo, á ojo de buen cubero; más al Norte está el puente flamante de Washington, con un elegantísimo arco que, por ancho, parece bajo, y que es enorme, todo de acero y fierro. Bajo estos puentes pasan y repasan embarcaciones, ligeras las más, verdaderos muebles de lujo, de maderas finas, con sus motorcillos de fuego ó electricidad acumulada; muy bonito.

Después, al regresar, rodeado, porque éstos son barrios fabriles por excelencia, de obreros que vuelven á sus casas silenciosos, fumando ó mascullando tabaco de Virginia, y oliendo más á sudor y á ropa vieja que á alcohol, puede uno pagarse el lujo de ver un incendio; yo me lo pagué; el término es impropio, porque fué gratis. Una gran casa aislada, de ladrillo y madera, perfectamente quemable y concienzudamente quemada. Bello espectáculo; estaban ya en salvo los habitantes cuando nosotros paramos á contemplarlo; con nosotros uno ó dos millares de personas, sobre todo, de chiquillos que veían á las coquetas bombas funcionar, como quien las conoce y las puede manejar; esas bombas parecían riquísimas y complicadas baterías de relumbrante níquel, que bombardeaban agua en todas direcciones sobre la casa incendiada. Los bomberos parecían salamandras; estaban en todas partes como las llamas y el agua; sacaban por las boardillas sus cascos puntiagudos, por las ventanas de los

pisos altos salían, subían y se deslizaban por las escalas de *salvetaje*. Eran los coroneles de las columnas de agua que con un valor tranquilo conducían el agua al fuego. Bravo. Espléndidos esos buzos del incendio.

\*

Siaun la tarde no ha avanzado, debe dejarse el wagon á la altura de la tumba del general Grant, nuestro gran primo, casi nuestro primo hermano, por lo mucho que nos quería, según dice el Sr. D. Matías Romero, y yo lo creo. Esta tumba ó monumento de Grant, es grandioso y vulgar; se parece á él. ¿Quién no lo recuerda en México y á su compañero el enérgico Sheridan, tan buen hombre, tan soldadón y tan franco? Del monumento de Grant se puede bajar, al paso lento de uno de esos comodísimos coches manejados por el cochero desde su alto asiento por encima de la caja del vehículo, á lo largo del *Riverside Park*. He aquí lo que allí se ve por una clara tarde de Otoño: á la izquierda de la amplísima calzada superior, que constituye propiamente el paseo, entre cortinas de casas suntuosas, desembocan sesenta calles de la ciudad, que vienen derechas desde la otra orilla de la Isla, á través de todas las Avenidas; en esas casas, verdaderos palacios por el tamaño y la abigarrada pompa del estilo, vive buena parte de la más aristocrática sociedad de aquí, y aquí van á nuestro lado, en carruajes de todas las especies, tirados por caballos de subido precio, ó cabalgando ó pedaleando, algunos ejemplares de la gente selecta de esta bendita tierra del *dollar* y del apio. Ví á sabor algunos de ellos, ciclistas, amazonas y jóvenes *gardenios*, orgullo de la crema de aquí, y que yo prefiero, á pesar de que haya quien lo dude, á la mayor parte de estos esbeltos y rabones caballos ingleses de noble raza, á quienes solo falta tener el cuero bermejo, como el de uno de los corceles del Apocalipsis, la crin color de azafrán y un paraguas azul bajo el brazo, para ser la estampa del clásico turista que la vieja Albión envía á diario hacia el Continente, con el objeto de pasearse á través de los teatros de París, de las iglesias de Italia, de

las lecherías de Suiza, de las manolas de Andalucía y de las caricaturas, romances y sainetes de todas partes.

Me gustan esta flora y esta fauna; la flora está nutrida con jugo de carne de Chicago y margarina, con té helado y fumado (lo que hace á las muchachas ricas nerviosas y al mismo tiempo sanguíneas) y con almendras tostadas, maíz tierno y *pudding* y *oatmeal*; exporta á Europa anualmente algunos suntuosos ejemplares, otros quedan aquí para ser descritos por Paul Bourget en los veranos de New-Port, ó para concentrarse lentamente, á la vista de los simples mortales como yo, en sus opulentas mansiones de invierno, en New York, Boston . . . La muchacha mexicana suele ser más interesante; tiene las extremidades más finas, la boca más dulce, los ojos mejor comunicados con esa sombra interior que se llama el alma, y aunque mucho más pequeña, anda mejor; pero ésta, á fuerza de *lawn-tennis* y de *croquet*, y de aire puro, sobre todo, no está anémica y es, por ende, más hermosa, más animada, muscularmente hablando, y más varonil. En esta edad del músculo, las hembras quieren ser músculos también, es decir, quieren las mujeres ser hombres sin dejar de ser mujeres; mas como eso no puede ser, conseguirán ser hombres. ¿Y los hombres qué haremos? Qué haréis, mejor dicho, porque ya á los que estamos en la adolescencia de la ancianidad, como yo, no nos tocará ver eso! Hondo problema; se resolverá solo, como todos los problemas.

La orilla del *Riverside* que mira al río, limitada en la parte alta por antepechos y balaustradas de piedra, desciende al nivel de la corriente por una serie de terrazas superpuestas, aun cubiertas de árboles semidesnudos y de vegetación agonizantemente verde, que se desvanece en el crepúsculo del año. Las casitas y las glorietas se desparraman hasta los muelles de la ribera lamida por el sereno Hudson, que se va manso y color de zinc hacia la bahía, surcado por barcos que respiran humo ó que abren sus grandes alas túrgidas bañadas de púrpura por el sol que muere, y los asemeja al barco-fantasma de la leyenda genialmente *musicada* por Wagner.

El ribazo opuesto parece, á esta luz, una gran mole de pizarra violácea con incrustaciones rojas y blancas de poblacioncillas y *villas*; la línea casi recta de la cresta de esa mole larga y oscura se desprende del gran cortinaje atmosférico, pintado de brocha gorda con oro y rojo, pero de gran efecto como telón de ópera. Más arriba todo ese color se desvanece y muere en tonalidades y veladuras de inefable suavidad.

¡Bravo el pintor!

\*

Hacedme, lectores, el favor de describiros á vosotros mismos el *Parque Central*; yo no he de hacerlo; sería meterme en una serie de vericuetos, de canales, de lagos, de túneles, de selvas, de estanques cuajados de cisnes y de patos, de prados para todos los juegos de pelota conocidos y por conocer, de jaulas de fieras, de cotos llenos de esbeltos gamos, y otras y otras menudencias, todas á cual más agradable, diseminadas en una área triple quizás de la que nuestra Alameda de México ocupa; así me pareció al menos á vista de pájaro.

Seguid este consejo: un sábado por la mañana dedicaos á visitar estos magníficos jardines, lentamente, á pie; sentaos frecuentemente para ver revolotear esta turba de chicuelos nacarinos y dorados, que parecen hechos con pasta de lirios y de rosas, que revolotean y reinan aquí como en todas partes. Luego almorzad beatamente en uno de estos restaurants; no toméis vino sino té; el té afina el aparato registrador de las sensaciones placenteras. En seguida seguíos divirtiendo; embarcaos en una góndola en el lago, dad de comer á un orangután en la *ménagerie*, y cuando decline en su curva corta de otoño, el sol, tibio, radioso y blondo como una crisantema de invernadero, tomad un *cab* y salid á la Quinta Avenida por el extremo nordeste del Parque. Bajad á lo largo de las casas aisladas, enjardinadas y elegantísimas de esta admirable vía y deteneos en la esquina de la calle 75: he aquí un templo con alta y espléndida escalinata, cúpula de estilo indo-musulmán, oro y negro y una amplia

y rica estructura que recuerda las iglesias fundadas en Siria por los cruzados en el siglo XII. ¿A que culto pertenece? Es una de las cincuenta sinagogas establecidas por la colonia judía de New York, que cuenta con 250,000 individuos poco más ó menos. Es una potencia el judaísmo aquí; lo es en todas partes más ó menos clandestinamente; aquí, á la luz del día. Yo creo que es la levadura que hace fermentar esta sociedad en afán de negocio; que levanta esta masa con ensueños de imposibles riquezas, realizados por una voluntad á que no se pide un resultado normal, sino milagroso. Como los judíos vivieron en la historia á fuerza de milagros; como es un fenómeno tan extraordinario que con razón le llaman también milagro el de su supervivencia étnica; como esperan sin cesar el milagro mesiánico, han sabido colocar en el medio social en que viven, una esperanza, casi una certidumbre de un efecto inesperado de la suerte, de esos que han hecho de pobretones jóvenes, hombres archimillonarios como Bennet, Astor, Gould y otros cien.

Entramos; precede al templo la escuela; el santuario, asiáticamente lujoso de decoración, es serio y noble; las galerías, siltiales, balaustradas, facistoles, el candelabro simbólico de los siete brazos, la lámpara eterna de oro, encendida ante el tabernáculo, todo es exquisito, como los mosaicos y los vitrales, sobre todo el inmenso del *plafond*, que pulveriza la luz cenital, en esmeraldas, rubíes y topacios. El tabernáculo, especie de arca santa y de *vitrina*, guarda un soberbio ejemplar de la *thorrá*, de la Ley. Y yo no sé por qué combinación de cristales, hay siempre en estos tabernáculos una misteriosa luz azul, como si su atmósfera estuviera saturada de átomos del zafir del cielo!

Bajando siempre, se atraviesa la magnífica *Plaza*, los edificios colosales del Savoy-Hotel y del Neederland, y poco después se entra en el barrio de los Vanderbilt; unos de marmol, otros de piedra bruna y rojiza, todos amplios y suntuosos, los palacios habitados por los miembros de esta riquísima familia, decoran regaladamente un medio kilómetro ó más de la Quinta Avenida. Más allá de S. Patricio siguen las iglesias, los hoteles de pri-

mer orden, es decir, los primeros del mundo, los *clubs*, entre ellos el *Manhattan club*, de espléndida instalación y de cordial acogida para los forasteros (aquí mis agradecimientos personales), y luego se entra en el mundo del comercio, de los talleres de modas, de las librerías, de las mueblerías, de las sucursales de las grandes casas de ventas de objetos de arte de Europa. Todo ello tiene un aspecto de lujo y bienestar inexpresable; parece que todos los transeuntes llevan un millón en la cartera. No sé por qué no lo llevaba yo. Por aquí hay también otra sinagoga (calle 44) que es una reducción de las mezquitas árabes ó persas, abigarrada y pintoresca por extremo, con sus torres ó alminares esbeltísimos, en donde espera uno que, al ocultarse el sol, resuene la dulce y vibrante salmodia del *muezzin* llamando á la plegaria. Sería curioso escuchar bajo este incoloro y frío cielo, donde el sol parece un dios destronado por la luz eléctrica, una plegaria oriental.

A esta hora vespertina y en este día de brujas, toda la avenida está poblada de carruajes; parece una de esas serpientes sin término de las edades geológicas, desarrollando sus enormes escamas de charol negro por millas enteras. Y es una agradable sorpresa encontrarse con una cara mexicana, aunque sea inglesa, como la del amable vástago de Lord Chesterfield, el insigne y rubicundo Chandos Stanhope, máxime cuando este fugaz encuentro está decorado por la catedral de S. Patricio de un lado, las casas de los Vanderbilt del otro, y á vanguardia y retaguardia los landós cuajados de grandes rosas humanas con cálices de seda, corolas de encaje y plumas y sombrillas blancas y rojas que salpican de manchas de color la enorme hidra de la *Quinta Avenida*.

\*

Ahora á pie, lectores míos. Es de noche y vamos á correr una gran aventura; visitar de noche el *Bowery*, que es el Broadway del comercio barato, en los linderos de la Ciudad-baja. ¡Gran aventura! Lo era antes; para hacer una excursión por el *Bowery*,

poblado de alemanes, de italianos, de chinos, todos más ó menos israelitas, precisaba ir flanqueado de dos ó tres *detectives*, lo que daba á la excursión cierto exquisito sabor de viaje de Rodolfo por los suburbios en «los Misterios de París» novela que pertenece á las edades antediluvianas de la literatura del Siglo XIX, que asustó y entusiasmó á nuestros abuelos, y que yo todavía leí con deleite hace trescientos años (Esto es un poco exagerado, lean ustedes, treinta y cinco).

Ahora ya no es preciso hacer testamento para *excursionar* en *The Bowery*; la luz se ha hecho en esta tiniebla: la luz eléctrica. Basta hacerse guiar por un par de buenos conocedores del terreno; tuvimos la fortuna de encontrarlos inmejorables: el Sr. de Garmendía y Alberto León; éste, un mexicano aclimatado en Nueva York con su numerosa y simpática tribu.

Entramos por la calle Catorce, pasamos frente al corpulento edificio que sirve de centro y foco (de infección dicen algunos) al más poderoso de los círculos del partido democrático en la Unión, el *Tammany-Hall*; ostentaba sobre su fachadota rubicunda, profusamente iluminada, una lista de candidatos para la próxima legislatura. Frente á las puertas de los teatros, á la luz de las tabernas de lujo y de los escaparates, observábamos la interminable procesión de *las nocturnas*, que, allá como acá, se nos acercaban con la sonrisa clásica de estas damas, que, bajo el afeite de la boca, parece una mueca lúgubre. Y como el *Bowery* es el paraíso de los cafés conciertos, entramos en algunos de ellos. Yo habría preferido pasar una hora en uno de esos teatros judeo-germanos que ostentaban, en un hebreo que habría extasiado al profesor Pancho Rivas, sus anuncios, á la luz de candelabros de siete brazos colocados en pórticos extraños; pero mis compañeros no quisieron y me arrastraron en su peregrinación paralela á una doble é inacabable hilera de tabernas, tiendecillas y bazares profusamente iluminados, haciendo estaciones frecuentes.

Primera Estación: exhibición de mujeres gordas. Unos montículos de carne grasa con protuberancias simétricas que parecían

derrames coagulados, estaláctitas formidables de color espermático; ojos plácidos de bueyes enfermos; alma ninguna, tal vez en el fondo del cerebro una lucecilla ahogada por un charco de enjundia; casi desnudo todo esto, pero tan candorosamente antiestético que . . . . así debieron de haber sido las tentaciones de San Antonio, del San Antonio auténtico, no del San Antonio de Flaubert, que era Flaubert mismo. Nos abrimos paso entre un hervidero de gente sucia, formado de mujeres probables, de judíos aguileños, sórdidos, de mirada embozada y brillante, y de irlandeses compuestos de curvas exuberantes que llameaban de alcohol, de alemanes melancólicos como Margarita, y entramos en la tienda de una *gipsy*. No tenía mala facha la gitana: la tez de oro negro, el cuerpo envuelto en paños de colores desvergonzados, sonando toda ella como un cascabel, gracias á una porción de collares, pulseras y ajorcas cargadas de monedas falsas, (¿y ella sería también falsa?) oscuros y lascivos los ojos como dos gotas del infierno y de ébano la cabellera opulenta. Aquella bruja que no se parecía á las de Macbeth, me dijo cosas ruborizantes y me pronosticó cosas espeluznantes y yo que soy la vanidad *in folio* le doblé la propina; á haberlo sabido la gitanilla me profetiza el trono de Francia y yo la hubiera creído; porque durante siete minutos creí en lo que me decía. ¡No hay hombres más flacos que los hombres gordos!

Segunda Estación: un café alemán todo amueblado de alemanes, alemanas y alemancitos de los Estados Unidos, oliendo todo á cerveza alemana de aquí y á gente aglomerada y á tabaco: suma, oliendo mal. Un público correcto, bonachón, contento, feliz y taciturno; el espectáculo excesivamente divertido é idiota: un gigante constantemente vencido por un enano; es el tema más ó menos claro de todos los cuentos de niños; unos tziganes, que supongo auténticos, tocaban aires húngaros; lo repito, yo me divertí como un animal.

Tercera estación: en el camino de China Town compramos algunas baratijas y unos inmensos pantalones de taller para Jesús Contreras, de esos que empiezan cuatro dedos debajo de la barba:

estoy seguro que apenas servirían de calzones de baño á las gordas de la exhibición susodicha. Un alemán de catadura vinolenta y fatídica nos pidió dinero con el tono de quien hace un favor; dímosle alguna moneda blanca; quiso más, lo mandamos á pasear: «miserables, exclamó entonces, yo os dinamitaré algún día.» Y este fué el solo peligro de muerte que corrimos en *Bowery*; lo estamos corriendo todavía.

Dimos vueltas por unas callejas oscuras, que son, sin embargo, más claras de noche que de día; nos dirigimos hacia un gran farol chino que se balanceaba sobre un portón; entramos, pagamos, nos escurrimos por una especie de mugrosa trampa y . . . . estábamos en el teatro chino, con el pañuelo en las narices. Aquel bodegón en que había aglomerados trescientos ó cuatrocientos chinos, más bien agachados que sentados, en bancos muy primitivos, olía á microbio. Se adivinaba que la atmósfera estaba saturada de grumos, de colonias, de archipiélagos de microbios borrachos por el humo de los tabacos ó de los cigarros de opio. Se me antojaba que aquellos hombres, uniformados de azul obscuro, que escuchaban con religiosa atención, sin pestañear (verdad es que no tenían ó no parecían tener pestañas) el ruido infernal del escenario, eran aglomeraciones enormes de microbios bajo las especies de hombres y mujeres; porque supongo que habría allí también mujeres; solo un experto naturalista podría encontrar la diferencia entre un chino y una china.

El escenario era un tablado en donde estaba la orquesta! ¡la orquesta, Dios de Confucio! ¡ay! sí, la orquesta compuesta de timbales, tamtames, gongs y chirimías; este escenario tenía dos compartimientos. En uno, junto á la orquesta, estaba el héroe; detrás de él una especie de altar con un ídolo; en el otro los muertos se iban al diablo. Porque hubo muchos muertos; el héroe vencía á todos los agentes del mal, al través de monólogos sucesivos compuestos de gritos ilimitadamente desapacibles, y subrayados cada dos minutos por el ruido siete veces infernal de aquella orquesta satánica. Con su talismán y su espadita de palo el héroe los mataba á todos; algunos de aquellos personajes vestían

telas suntuosas. Y los chinos, desde una especie de mandarín de botón rojo que estaba cerca de nosotros, hasta el cocinero color de pringue, oían, y reían; todo eso con sus trajes negruzcos, sus caras verdes, su sudor amarillo y sus coletas engrasadas con manteca rancia . . . . Los dramas chinos no acaban; nosotros sí acabamos por salir de allí, temerosos de que se apoderase de nosotros el vértigo del suicidio, y nos dirigimos á la Pagoda que está en un quinto piso sobre un *restaurant* en que otros chinos devoraban, con su acostumbrada devoción, sendos platos de arroz, con sus palillos de marfil. El templo estaba solo; un altar búdico en el fondo, admirablemente tallado en madera y lleno de figurines dorados de marfil; en los ángulos enormes tambores de seda bordados de figuras quiméricas, colocados sobre varas pintadas, en guisa de enormes faroles.—Dos boncillos engullían arroz en un ángulo; nos acercamos al altar, los bonzos nos dieron unos palillos aromáticos que quemamos, con verdadera unción, delante del feísimo dios que teníamos delante, y hechas nuestras salutations y pagadas nuestras pesetas, nos fuimos vagando y comentando hasta *Wall Street*, encajonado en sus últimos palacios de sombra que se perdían en la noche por un lado y por otro remataban en una plateada cornisa de luz de luna. *Trinity-Church* en aquella soledad, en aquella hora, tenía un aspecto tan . . . . Pero pasa el funicular; á casa; ¡oh! sí, la cama, la cama; ¿pero cómo dormir con el tímpano enfermo de música china?